

**JOSÉ-LUIS PÉREZ FULLERAT**

# **HIPÓTESIS ABIERTAS**



**Ediciones del Genal, Málaga, 2019**

*Epitafio In memoriam de L.O.*

*Misteriosa es la vida, una aventura  
pasajera y con miedos, una locura  
burlona entre el dolor y la alegría.*

*Como he cruzado, transida, la vereda,  
permíteme, Señor, deja que pueda  
ganar tu eternidad y hacerla mía.*

## I.

No pudo asistir al entierro de su marido. Le fue imposible, a pesar de que esa clase de ceremonias le agradaban tanto como una buena sesión de cine, esas películas que, para algunos, son atractivas con solo anunciarse como ‘de arte y ensayo’. Los escenarios de pésames y llantos le parecían películas de arte sacro. Sin suspense; todo previsible: lágrimas compartidas, misas solemnes adornadas a veces con el canto gregoriano, los repetidos “te acompaño en el sentimiento” y comentarios sobre la vida y milagros de los difuntos, siempre elogios más que reproches; en definitiva, un circo con los mismos artistas, unos domadores y otros domados, pero todos actuando en el interior de las vidas de los dolientes. Le entusiasmaba ese escenario verbal: el desorden concatenado de referencias a los aciertos y errores, estos justificados siempre, de los finados; incluso el humor “tan de él o de ella”, que se comentaba poseían los recién aposentados en el albergue celestial. Ambiente habitual, muy atractivo para ella, por ese surrealismo dentro de la rutina social consabida. Se añadía a esto, el deber de cumplir, de acuerdo con las normas sociales aprendidas. Pero ahora precisamente, cuando su marido estaba muerto, ella no pudo interrumpir sus días de estancia en Egipto.

Sus compañeras de Departamento universitario habían organizado un viaje muy deseado, y Sebas comprendió lo mucho que a su mujer le ilusionaba ese viaje cultural, de investigación, al Valle del Nilo

- No te preocupes por mí. Ya sabes que espero las galeras de mi último libro. Tendré que repararlo todo muy detalladamente y aún así, siempre queda alguna errata que no se ha visto bien o alguna expresión que en esas sucesivas lecturas hay que modificar o suprimir. A veces, incluso, destruir todo el *nasciturus*. Ya me habrás oído muchas veces que se escribe para el momento, para esa pulsión de dejar sobre el papel el desdoblamiento curativo que nos impide la pérdida de la ensoñación, el suicidio de las emociones y la desvalorización de lo insignificante. Vete tranquila, necesito concentrarme en el repaso del libro y así decidir si por fin se publica o no.

- Ya sé que estarás bien, cariño, pero quince días son muchos y ¡tan lejos...!

- Los viajes son una manera de saber más sobre nuestra existencia. Lo escribí en uno de los parlamentos del primer libro, ¿te acuerdas? ¡Ah!, no, que ya sé que no lees mis cosas. Las distancias son hoy relativas, pues el teléfono lo acerca todo.

Además, cuanta más lejanía, más imaginación. Espero que no te enrolles con ningún faraón, porque estoy seguro de que, al verte, resucita. Llámame a diario y así me cuentas.

El sentido del humor le sobraba. Pero no pudo seguir ejerciéndolo por mucho tiempo. Dos días antes del regreso de la esposa, Sebas ya estaba enterrado. Bueno, encumbrado para ella en la calle San Ciriaco, sección 3, 3ª línea, nicho 7.

Cristi fue al cementerio en cuanto llegó al pueblo. Un lugar no cambia en dos semanas, pero para ella fue un territorio nuevo. Las calles enmudecidas, sin gente; el cielo, nubes difuntas y, por su espacio, los pájaros ignoraban parábolas de canto y libertad.

No tardó en encontrar el camino. ¡Qué curiosa casualidad, siempre había tenido en su cabeza ciertos números mágicos! Y el 3 era para ella el número perfecto. El 7 también, pues, decía que es el de la armonía. Y de la unión de dos números 3, recordaba de un compañero de universidad, que era masón, la importancia del 33, con un fuerte poder esotérico, como grado máximo que consigue el Gran Maestro.

Todo esto la envolvió en un estado de inquietud y zozobra excesivas. Sentía que habían pasado por ella diez años más. Se veía casi anciana, como fruta madura a punto de caer al suelo sin ser aprovechada. Interiormente deshabitada y sin poder darse respuesta a pregunta alguna.

Una mirada hacia el nicho 7. Escrito en el yeso con líneas rayadas manualmente: Sebas, su nombre completo y la fecha. De pie, en silencio y moviendo la vista arriba y abajo. No se le ocurrió ninguna oración. Cabizbaja, cerró los ojos durante unos minutos. Toda una historia barrió su mente. Mezcla de recuerdos, experiencias vividas y un vacío como si no le interesara la vida. “Los vagabundos, quizás sienten así”, pensó. Y en esa mezcolanza, le pareció verse en el umbral de algún templo lejano. *Nosce te ipsum*, rezaba en el frontispicio. Renovando las emociones, sin mover la cabeza, aparecían en su interior imágenes entremezcladas: su pasado más remoto, risas y lágrimas de juventud, los últimos días con Sebas y sus investigaciones sobre el mundo de los muertos en el antiguo Egipto; Osiris, y el Nilo, símbolo de la resurrección.

Fue el detonante esta palabra que casi nunca se había atrevido a nombrar porque, hasta ahora, eso de la ‘vida supraterránea’ le había parecido una vulgaridad.

“Necesito hablar con él. Ese viaje a Egipto no ha cambiado mi sentido de la vida, pero sí el de la muerte. Por eso quiero estar con él. Ver cómo lo vistieron para su último viaje, su rostro, si los ojos están tan herméticamente cerrados como para que yo no pueda levantar sus párpados, mirar sus retinas e insuflarle vida. Sí, voy a ser

una nueva y extraña descubridora de momias. Traspasaré la ley, si es preciso, pero he de estar con él. Quizás resucite por unos instantes, o bien, muy cercanos el uno del otro, le hablaré al oído y los infrasonidos nos comunicarán. Al fin y al cabo somos animales. Voy a ser -se repitió muy decidida- una renovada y extraña descubridora de momias. En este caso, con una ventaja. He llegado a tiempo: aún no han pasado los setenta días para que termine el proceso y estoy en el final de esos días anteriores a que los sacerdotes celestes inicien su momificación, la manera de hacerse con la propiedad de los cuerpos. Tengo que intentarlo. Sortearé todas las normas terrenas, respaldada por la convicción de resucitarlo aunque sea por unos minutos porque, aunque los muertos no necesitan a nadie, los que quedamos aquí nos sentimos desvalidos, combatiendo entre la fe y la razón, sabiendo que la muerte azul llegará también a helarnos la garganta. El paso de la plenitud a la nada y con la única certeza de saber dónde no estaremos ya”.

Las últimas nubes se retiraban dejando paso a una tarde tan oscura como la tumba de un faraón. Sin ruido alguno de personas ni de la naturaleza. Lo suyo hubiera sido un ambiente de tormenta, rayos y lluvia crecida. Pero no. El silencio también se vestía de luto. Abandonó las callejuelas estrechas del camposanto y los espacios más amplios sembrados de tumbas con la memoria en sus mármoles, mirando a derecha y a izquierda: algunos enterramientos solemnes, lápidas amarillentas por el polvo, el tiempo y la falta de cuidado. Y algunas flores secas desperdigadas. Todo le daba a Cristi la compañía emocional adecuada.